

DOÑA ELVIRA

—
A BARTOLOMÉ PÉREZ HERMIDA.

I.

El Conde de Aldaz es viejo,
Pero tiene esposa joven,
Como rosas las mejillas,
Y los ojos como soles.
Se llama Elvira, y muy tierna
En hora ingrata casóse,
Porque á casar la obligaron
Exigencias y temores ;
No el emor, pues era el solo
Imán de sus ilusiones
Rui-Fernández, con quien tuvo
Y aún tiene, ocultos amores.

II.

Hijo de Elvira es Don Mendo,
Mancebo gallardo y noble,
Capitán el más valiente
De los tercios españoles,
Que bajo el delgado cutis
Aún el rubio bozo esconde,
Y es ya en la ruda pelea
De los contrarios azote.

III.

Tiembla Elvira cuando al mozo
Contempla embebido el Conde ;
Parece que una honda pena,
Oculto cáncer que roe
Su corazón, hace á veces
Que á su faz el llanto asome,
Y la espléndida hermosura
De su rostro le trastorne.
; Tal vez combaten y estallan
En su pecho los dolores,
Como las olas de Atlante
Cuando se encuentran y rompen!

IV.

En una vieja poltrona
La existencia pasa el Conde,
Paralizados los miembros
De añeja dolencia al choque.
Diz que en la lid espantosa
De una lanza al rudo golpe,
Cayó al suelo y que el sentido
Largo tiempo perdió entonces ;
Y desde entonces no hay modo
De que sus miembros recobren,
La savia, el vigor, la fuerza,
Que hubo del destino en dote.

V.

Y allí, en su vieja poltrona
Está el de Aldaz, una noche,
Cuando Fortuño, escudero
Que de antaño le conoce,

Entra y le dice : — Señor,
Sé que manchan tus blasones ;
Sé qué hay quien aquí te ultraja,
Quien escarnece tu nombre.
— ¿ Quién tal hace ? Con voz ronca,
Exclama furioso el Conde.
— Señor, tu esposa.

— ¿ Qué has dicho ?

— Tu esposa todas las noches
Las desiertas callejuelas
De tus jardines recorre,
De un hidalgo acompañada,
En punto á las oraciones.
Ruje el de Aldaz en su silla
Cual hiena herida, se encoje
Y jira en torno los ojos
Como inflamados tizones.
Há tiempo que horribles celos
Llenan su alma de rencores,
Tiempo há que su pecho hiere
El desdén de su consorte,
Y con acento convulso
Exclama : Fortuño, ¿ me oyes ?.
Díle á Don Mendo eso mismo. —
Y como muerto quedóse.

VI.

— Señor, le dice Fortuño
Á Don Mendo, noche á noche
En los jardines he visto,
En punto á las oraciones,
Á una dama y á un hidalgo.
— Fortuño, y tú ¿ los conoces ?
— Señor, el Conde me envía...
— ¡ Díme al instante sus nombres !
— Ella es Doña Elvira...

— ¡ Madre ! —

¡ Ah, Fortuño, en bien te pone
Con Dios, que es reo de muerte,
Quien tal secreto conoce... !
Rodó Fortuño en el suelo
Traspasado el pecho innoble,
Y en aquel horrible instante
Sonaban las oraciones.

VII.

Al jardín con el sangriento
Acero en la mano, corre,
Y allí Don Mendo dos sombras
Distingue en la sombra inmóviles.

— Madre... ¡ Madre !...

— ¿ Qué haces, Mendo ?

Don Mendo no le responde,
Blande el hierro, al cual el otro
Hierro apenas se le opone,
Y como el rayo potente,
Y como el rayo veloce,
En el seno del contrario
El arma sangrienta esconde !
Lanza un grito Doña Elvira,
Que repercuten los montes,
Y se queda muda y fría
Como una estatua de bronce.
Mira Don Mendo que llegan
Con luces dos servidores,
Y hacia ellos rápido avanza,
Y en su paso se interpone.
— ¡ Idos, canalla ! Murmura,
Y de manos de uno, coje
Una tea y torna solo
Al horrible sitio, en donde,
Aún Doña Elvira parece

Que no alienta, que no oye,
Que no vive, en el espacio
Clavada la vista inmóvil.
La ve Don Mendo y alumbra
Y pasmado reconoce,
En el sangriento cadáver
Á Rui-Fernández de Ordóñez.

VIII.

— Mendo, al fin exclama Elvira
Descompuestas las facciones,
Pues mataste á Rui-Fernández
Ruega á Dios que nos perdone.
— ¡ Madre !

— ¡ En tus venas circula
Sangre que tiñe tu estoque !
— Madre, escucha...

Doña Elvira,
Cae al suelo y no responde.

IX.

Dentro y fuera del palacio
Se escuchan sordos rumores.
¡ Se acerca al sitio del crimen
La justicia de los hombres !
Es fuerza que ignore el mundo,
Es fuerza que el mundo ignore,
Que en casa de Aldaz habitan
La deshonra y las traiciones.
Mendo se acerca al cadáver,
Sobre sus hombros le pone,
Y por un portillo estrecho
Que da á los campos, salióse,
Medroso el paso y lijero,

Con el cabello en desorden,
Tinto hasta los gavilanes
De propia sangre el estoque.

GABRIELA

AL DR. FRANCISCO MONTES DE OCA.

I.

Sin más testigo que el sol,
Que su luz al mundo roba,
Está Gabriela en la playa
Con su pensamiento á solas.
El mar con débil murmullo
Sobre la arena rebosa
Y las plantas de Gabriela
Casi lame y casi moja.
Inquieta vuelve los ojos
Á todos lados, y llora :
Al fin se detiene inmóvil ;
Ya sonríe, ya solloza ;
Sobre el seno palpitante
La gentil cabeza dobla ;
Sus brazos cuelgan ; las manos
Entreteje una con otra,
Y vaga, sin que se fije
Ni en el cielo ni en las olas,
Entre las olas y el cielo,
Su mirada melancólica ;
Su suelto cabello ajita
La brisa murmuradora,
Y entre sus hebras de oro
Prendida lleva una rosa.

Cerca de ella está amarrada
Una barca pescadora,
Y entre los médanos áridos
Que el huracán amontona,
De una humilde ranchería
Se ven las modestas chozas
Y el vetusto campanario
De una capilla católica,
Con una sola campana,
Cón una campana sola,
Que en aquel instante mismo
Á las oraciones toca.

II.

El corazón se estremece
De Gabriela... ¡ Ya es la hora !
Ya no ha de tardar su Félix.
Al fin su Félix asoma :
Félix llega triste y pálido,
Algo tiene, algo le enoja ;
Le da su mano, y su mano
Está fría y temblorosa.
Ya no tiene como en antes
La mirada halagadora ;
Parece que tiene miedo,
Parece que se abochorna,
Parece, cuando se acerca
Á la niña encantadora,
Que una oculta voz le dice :
„ ¿ Por qué, Félix, la traicionas ? ”

III.

— Félix — murmura Gabriela. —
Y era su voz melodiosa
Como suspiro del aura,

Como arrullo de paloma.
— Félix, amor de mi vida,
Te he esperado muchas horas,
Muchas... ¡Ingrato!... Y no has ido!
¡Cómo te aguardaba ansiosa
En mi ventana! ¿No sabes
Lo que mi pecho te adora?
¿En qué estas pensando, Félix?
Díme... ¿Por qué me abandonas?
¿Es verdad cuanto me han dicho?
¿Á otra quieres? ¿Amas á otra?
¿Que hablar con ella te vieron?
¿Que en el templo la enamoras?
¿Que á todas partes la sigues
Y que de noche la rondas,
Y que suspiras enfrente
De su reja silenciosa?
¡No te he visto en siete noches!
¡Aquí están las siete rosas
Que conmigo te aguardaron!
¡Que te cuenten mi congoja!
¿Las quieres? Mira éstas, mustias,
Marchitas y sin aroma.
Mira ésta, que aún tiene vida.
Aquí tienes la de ahora.
Si me amas como otro tiempo,
Dale un beso en la corola.
Si es verdad lo que me han dicho,
Entonces, Félix... ¡Deshójala! —
Félix de la bella mano
De la niña la flor toma,
Y los pétalos arranca
Y en la arena los arroja.
— Más tiempo no he de engañarte,
Probre Gabriela, perdona;
Que para esta misma noche
Concertada está mi boda. —

Dice el infame... Se aleja...
Y quedó Gabriela atónita,
Fija la vista en la arena,
Fija la vista en las hojas.
¡Siente que le falta vida,
Que su razón se trastorna,
Que todo en torno se mueve,
Que se cae, que se ahoga!

IV.

¡Fantasmas de oro y de nieve
Que poblasteis su memoria,
Huid y desvaneced
Como la luz en la sombra!
Soñando estaba despierta;
Ya no sueña... ¡Qué espantosa
Pesadilla entre sus lazos
Su alma mísera aprisiona!
Gabriela... ¡Infeliz Gabriela!
¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,
Que en ella velan tus padres,
Que en ella tus padres lloran!

V.

¡Ay!... Permanece en la playa
Inmóvil y silenciosa...
Para ella el mundo es la tumba,
¡Y ella está en la tumba, sola!
Nada mira, nada escucha,
La razón perdida, loca,
Vagabundas las ideas
En torno á su mente flotan,
Como ráfagas brillantes
De luz en cavernas hondas,
Como de una arpa lejana

Las inarmónicas notas.
; Estrellas de un cielo puro
Que su luz pálida agotan,
Roncos jemidos de muerte
Entre cánticos de gloria !
No ha visto en el horizonte
Una parda nube torva,
Que extiende sus negras alas,
Y el diáfano espacio entolda.
Se figura que ha caído
De su frente una corona ;
Que son pedazos de su alma
Aquellas hojas de rosa ;
Que está escrito en cada una
Un libro entero, una historia
De malogrados afectos ;
De esperanzas ilusorias ;
Que allí están sus alegrías,
Sus juveniles zozobras,
Las lágrimas de sus ojos,
Las sonrisas de su boca.

VI.

Se le figura el nublado
Ancha sábana mortuoria
Y la luz de los relámpagos
Las sepulcrales antorchas.....
.....
Rápida, como impulsada
Por atracción misteriosa,
Dirije el paso anhelante
A la barca pescadora.
Entra en ella, en los abismos
El timón y el remo arroja,
Y desamarrando el cable
Que le sujeta á una argolla,

Entrega el débil madero
Al hondo mar que le azota,
Y el huracán lo arrebató
Entre el fragor de las olas.

Lo que pasó aquella noche
Larga, negra y tempestuosa,
Entre el abismo del cielo
Y el abismo de las ondas,
Dios lo sabe. — ¡ Al otro día
Vieron una barca rota,
Y el cadáver de Gabriela
Junto á un peñón de la costa !

JIL

Á MI HERMANO PEDRO.

I.

Oye, Jil... Esposo mío —
Teresa con voz confusa
Dice, abogando los sollozos
Que su aliento débil truncan.
— No salgas, Jil, esta noche
Que es de mi vida la última,
Y cuando lllore la niña
Que está durmiendo en la cuna,
Yo no podré levantarme
Á consolar su amargura.
Si tú no estás en la casa
¿Quién su blando sueño arrulla?
Jil como siempre á la pobre
Teresa abstraído escucha,
Y por sus trémulos labios
Vaga una sonrisa estúpida.
Jil, otro tiempo tan bueno,
Al torpe vicio tributa
La adoración insensata
Que su noble instinto turba.
Duerme cuando el sol ardiente
La ciudad y el campo alumbra;
Y cuando tiende la noche
Su negra sombra confusa,

En el garito, en la orjía,
Va á arrastar su vida oscura,
O de vil ramera en brazos
Placer satánico busca.

II.

¿Qué valieron de Teresa
La esplendorosa hermosura,
Halagos, ruegos, suspiros,
Y lágrimas y ternuras?
Indómitas, las pasiones,
Como encadenadas furias,
En el pecho se desatan
Del mancebo, y en él triunfan.
Torpe amistad y menguada
Su ardor juvenil azuza,
Y mil seductores goces
Su edad temprana deslumbran.

III.

Robó el dolor á Teresa
Su esplendorosa hermosura :
Las rosas de sus mejillas
Están pálidas y mustias.
La miseria pavorosa
Su alma sensible atribula,
Y en su insaciable vorágine
Sus alegrías sepulta.
— Oye, Jil, con voz más triste
Y más lenta continúa,
Jamás partió de mis labios
Ni un reproche, ni una injuria ;
Agotaste tus caudales,
Agotaste mi fortuna,
Tus caudales eran tuyos,

Y mi fortuna era tuya.
Destrozaste el pecho mio,
Sus ilusiones más puras
Rodaron bajo el imperio
De tus traiciones injustas;
Hiciste bien, bien hiciste,
Que mi pobre vida es única,
Y yo al pié de los altares
Te di mi vida... Era tuya.
Mas la preciosa existencia
De esa anjélica criatura
Tus cariños necesita,
Y necesita tu ayuda.
¡No salgas, Jil, no me dejes
Sola con mi horrible angustia
En esta noche tan triste
Que es de mi existencia la última!
Jil por única respuesta
Su negro bigote atusa,
Se cala el ancho sombrero,
Y al decirle con voz ruda
« Todas las noches la misma
Canción y la misma súplica...
Y nunca acaba de abrirse
Para tí la sepultura »,
Soltando una carcajada
De horrible sangrienta burla,
Se salió dejando sola
Con Dios á la moribunda.

IV.

Está ya Jil en la calle :
De pronto mira una turba
Salir del templo y se pára
De un farol en la penumbra.

De jentes alegres todas
Entre multitud confusa,
Se ven dos novios, que acaban
De doblar á la coyunda
De himeneo, el cuello dócil
Al placer que los adula.
Él con lujoso vestido,
Ella con lujosa túnica,
Coronada de azahares
Blancos como nieve pura...
Y siente Jil que la sangre
En sus venas no circula,
Y en tropel en su cerebro
Mil ideas se acumulan :
Recuerda la alegre noche
En que á la luz de la luna
Salió de aquel mismo templo
Entre mil alegres turbas,
Con su Teresa del brazo,
Flor que el ambiente perfuma,
De felicidad radiante
Y radiante de hermosura ;
Recuerda cuando en el atrio
Amor eterno le jura ;
Recuerda que él no ha cumplido
De sus promesas ninguna ;
Recuerda que en su pocilga
La ha dejado sola y mustia,
Tocando con mano fría
Los dinteles de la tumba.
Agudos remordimientos
Su pecho intranquilo punzan,
Y dirige á su morada
La débil planta insegura...
Él á su pobre Teresa
Le va á decir que no sufra,
Que sus infamias perdone,

Que dé al olvido sus culpas.
Y embebido en esta idea,
Temblando el paso apresura,
Porque algo teme, algo teme
Que de horror su mente nubla.

V.

— ¡Teresa!... ¡Teresa! — Grita,
Y entra en la estancia que alumbra
Una miserable lámpara
Que en aquel momento ondula
Su débil llama, rastrea
En torno y lanzando algunas
Tristes ráfagas, se apaga
Dejándolo todo á oscuras.
Jil se detiene y vacila,
Preso de horrible pavor,
Esa lámpara que muere,
¿Qué de espantoso le anuncia?
Teresa... Grita de nuevo.
— Teresa mía ¿ estás muda?
Soy Jil que viene á quedarse.
¿ Donde hay luz? — Á tientas busca
Un viejo velón, lo encuentra,
Lo enciende y la estancia alumbra,
Y alumbra el lecho y arroja
Un grito de espanto y duda.
Teresa ¿ está desmayada?
¿ El sueño acaso la abrumba?
— Teresa... Grita... ¡ Teresa!
¿ Me perdonas? ¿ No me escuchas?
Le toca el pecho y no late,
Toca su arteria y no pulsa :
En aquella estancia reina
La paz de las sepulturas.
Toma Jil las blancas manos

Que acariciaron las suyas,
Y en el copioso torrente
De su llanto las inunda!
Ve espantado aquellos ojos
Y aún en las pestañas húmedas
Mira pendiente una lágrima
De dolor y de amargura,
Y á aquellos labios que un día
Ostentaron roja púrpura,
Y ahora tan sólo cubre
Lívida y mortal blancura.
Pide una sola sonrisa...
Una sola frase... Una
Palabra sola... ¡ Una sola.
De perdón! — ¿ Qué es lo que buscas?
Convulso, desatentado
Arranca de su cintura
Una hoja aguda y luciente,
Que con fiera mano empuña;
Mas cuando toca su pecho
La fría acerada punta,
Se oye en la cuna un gemido
Que el mortal silencio turba.
— Perdón, Dios mío... Perdona,
Teresa. — El triste murmura...
Y suelta el hierro... Y llorando
Se postra al pié de la cuna.